

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## NUESTROS ACTORES JOSÉ VALLÉS



La buena escuela del arte  
que siempre siguió Vallés,  
le ha dado laurel... y plata  
que vale más que el laurel.

El teatro de sus triunfos  
sintió tanto su esquivéz  
que, por no sufrir la ausencia,  
se quemó cuando él se fué.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Visitas, por Vital Aza.—Nada, por José Estremera.—H. H. H., por Manuel Matóses.—El arca de Noé, por Juan Pérez Zúñiga.—Fábula, por Sinesio Delgado.—Meditemos, por Eustaquio Cabezón.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: José Vallés.—Actualidades.—Choque de pasiones, por Cilla.



¡Qué humanidad esta!

Ayer asistía con recogimiento y unción cristiana á las honras fúnebres de D. Alvaro de Bazán, que en paz descansase, y hoy se dispone á celebrar el carnaval, bailando sin freno.

Nosotros no hemos tenido el gusto de conocer á D. Alvaro, pero esto no quita para que hayamos sentido muy de veras su fallecimiento; y si no asistimos el jueves á la función religiosa, fué porque no nos dejaron entrar en la iglesia.

En cambio, sabemos de muchas personas que por la mañana oyeron la misa de difuntos y por la noche estuvieron en el baile de la Alhambra haciendo conquistas y bebiendo anís del mono.

—Hoy es un día muy triste para mí—decía una mamá, disfrazada de jardinera francesa;—pero he tenido que venir al baile por acompañar á la niña. Créame V. que estoy llorando toda la noche debajo del antifaz, y se me ablanda.

—¿Qué le pasa á V?

—Hace trece años, tal día como hoy, que falleció mi esposo, y sin embargo, aquí me tiene V. con corpiño y camisilla transparente, enseñando las carnes. ¡Qué cosas hace una madre por sus hijos!

Muchas veces cree uno estar bailando con una máscara feliz, amante del bullicio y la locura, y no sabe que bajo aquel disfraz caprichoso se oculta doña Gumersinda, patrona despechada, que acude al baile por ver si encuentra á un huésped petardista.

—¿Qué tienes, linda máscara?—preguntamos á nuestra pareja, que se agita nerviosamente, y dirige miradas á todas partes.

—¡Ay, caballero!—nos contesta.—La sociedad está llena de pillos.

—¿Lo dice V. por mí?

—No, señor; V. parece persona decente por la manera de bailar y por todo; pero tuve yo en la alcoba del pasillo á un granuja, que se me ha ido con catorce duros y tres camisas de un capellán de regimiento, que aún está en casa... Yo, mire V., no es por alabarme, pero trato á los huéspedes como á hijos, y aun ahora vengo de ponerle al capellán unos paños de agua sedativa... Pues bien; ese tuno me ha estado engañando, y un día dijo que se iba al Escorial, á ver á un tío suyo que está allí de fraile y necesitaba calcetines... ¡Bribón! Hace de esto cuatro meses.

—¿Y viene V. á buscarle aquí?

—Sí señor, porque me han dicho que asiste á todos los bailes con una sombrerera viuda, que dicen si tiene ó no tiene con él... ¡Ay! ¡Qué desengaños recibe una, por ser demasiado buena! Él no pagaba más que diez reales y comía con los de catorce. Su chocolate todas las mañanas no le había de faltar; y como le gustaba tanto el besugo, yo le puse cinco libras en escabeche, y todas las noches al retirarse comía un poco. ¿Quiere V. más? Hasta una camiseta que tiene rayada se la compré yo, porque es muy propenso á los catarros.

Sólo Dios conoce los arcanos que encierran los corazones de las máscaras. Hay alguna, que aunque parece que va bailando, lo que hace es marchar vertiginosamente hacia la desesperación ó hacia el ambigú.

Nuestra pareja acabó por sorprender al infame huésped en amoroso coloquio con la sombrerera.

—Aquilino—le dijo.—No creí que tuviera V. ese comportamiento. Es V. un sinvergüenza.

—Doña Gumersinda, tenga V. educación—contestó él.

—El capellán me reclama las camisas.

—Las he dejado en el Escorial, para que se abrigara el tío.

De las palabras pasaron á los hechos, y Aquilino le pegó á Doña Gumersinda con el cetro de la sombrerera, que iba disfrazada de Reina india.

Y hoy se celebra un juicio de faltas, del que sabe Dios cómo saldrá Aquilino.

Para que se vea que los bailes no traen nada bueno: sobre todo, cuando debe uno dinero á las patronas.

\*  
\*\*

En cambio, los bailes de sociedad, digámoslo así, proporcionan honesta distracción y estrechan las relaciones entre las chicas y los chicos, hasta acabar en la Vicaría.

Varios jóvenes pertenecientes á diferentes ramos del saber; es decir, jóvenes dependientes de comercio, jóvenes de la curia y jóvenes pasantes de instrucción primaria, han organizado unos bailes de sociedad en una casa de huéspedes de la calle de la Bola.

De nueve á doce tienen á su disposición, mediante un módico estipendio, la sala y el gabinete; y allí acuden á bailar muchas chicas decentes acompañadas de sus mamás y de otros miembros de la familia. Ellos han tenido la precaución de invitarlas, asegurándoles que habrá mucho orden y mucha limpieza. Alguna mamá ha contestado:

—No tiene V. necesidad de decirnos nada, Ceferino. Demasiado le conocemos á V.

—Muchas gracias.

—Ya sé yo que es V. de muy buena familia, por más que ahora esté V. en ultramarinos por mayor.

—Si lo siento por algo, es por lo mal que me huele la ropa. ¡Cómo tratamos en bacalao!

—¿Por qué no compra V. una agua de Colonia muy buena que venden en la droguería de Santa Gertrudis? Por dos reales le dan á V. medio cuartillo. Nosotras no usamos otra cosa y mire V. qué bien olemos.

—Perfectamente. Bien que VV. siempre han sido muy limpias.

—¡Ay, hijo! Lo que es eso... Tengo mucha honra en decirlo.

Al baile acude una colección de señoritas preciosas, con sus vestiditos de lana adornados con puntillas color crema, y sus guardapelos de *doublé* fino, pendientes de una cinta de raso. Los chicos se apresuran á saludarlas, y el que hace de director de la fiesta, va diciendo á una por una:

—Cuando tengan VV. sed, pueden pasar al gabinete. Allí encontrarán limonada y otras cosas. A la que le guste echar en el agua unas gotitas de aguardiente, no tiene más que decirlo.

—Gracias, Secundino—contestan ellas con exquisita amabilidad.

El piano de manubrio no cesa en toda la noche de emitir sonidos armoniosos, y la juventud baila que se las pela.

—Oye, Laura—dice una mamá al oído de la niña.—Si te vuelve á sacar Romualdo, dile terminantemente que se ponga un pañuelo en la mano izquierda.

—¿Por qué, mamá?

—Porque suda mucho y te va á dejar inservible el cuerpo del vestido. Acuérdate del año pasado, que tuvimos que lavar la chaqueta con palo de jabón.

Los papás de las chicas, no ven peligro alguno en que las cojan por la cintura aquellos jóvenes formalitos, y las dejan bailar libremente. Sólo de cuando en cuando llama algún señor grave á su retoño, para decirle:

—¿Quién es ese chico que te obsequia?

—Se llama Balbino y está en protocolos.

—Bueno, pues dile que se *desaparte* un poco, no por nada, sino porque á mí me conoce mucha gente y no quiero ser objeto de críticas, además de que eso está feo.

A las doce en punto termina el baile, porque la patrona llama al que hace allí de cabeza visible y le habla en estos términos:

—Don Ventura. Ya sabe V. que á las doce empiezan á venir los huéspedes y no quiero cuestiones. Ya se me han ido dos por causa del baile.

La reunión, entonces, se disuelve, y algún joven toma el camino de su casa diciendo para sí:

—¡Lástima que todo el año no fuera carnaval! Por nueve reales cada uno, pasamos la gran noche. ¡Y luego dicen que se ha acabado la animación! ¡Llevo un dolor en este callo, de tanto bailar!...

LUIS TABOADA.

VISITAS

I  
VISITA DE CUMPLIDO

—¿La Marquesa del Tomillo?  
—Sí señoras.  
—¿Está en casa?  
—Sí señoras.  
—Sentiremos muchísimo molestarla...  
—Pasen ustedes...  
—¿Por dónde?  
—Por esta puerta. A la sala.  
—¿A quién anuncio?  
—A su amiga la señora de Tinajas con las niñas.  
—Está bien.  
—Mil gracias.  
—Oh, señoras!  
—¡Oh, Marquesa!  
—¡Tanto gusto en saludarlas!  
—¿Qué tal?  
—Bien y usted?  
—Muy bien.  
—¿Y las niñas?  
—Muy bien, gracias.  
—¡Qué monas están! ¡Qué monas!  
—Marquesa...  
—Pero ¡qué guapas!  
—Es favor que usted las hace.  
—¡(Qué espantajo de muchachas!)  
¡Cuánto agradezco que ustedes vengán á honrar esta casa!  
—¡Oh, no! Marquesa. Nosotras somos aquí las honradas.  
—Eso no! ¡De ningún modo!  
—Muchas gracias.  
(Un momento de silencio.)  
—¿Qué tal el señor Tinajas?  
—Gracias. Muy bueno. En la Bolsa.  
—¡Ah, vamos!  
—Ese se pasa la vida allí.  
—Se comprende.  
(Otro momento de pausa.)  
—¿Han visto ustedes qué tiempo?  
—¡Qué calor!  
—¡Si no se aguantan!  
—¡Es una cosa terrible!  
—¡Es una cosa que aplanan!  
(Otra pausa. La Marquesa se impacienta en la butaca.)  
—Señora, con su permiso...  
—¡Cómo! ¡Tan pronto se marchan!  
—Tenemos otras visitas...  
—Les agradezco en el alma...  
Han tomado posesión, señoras, de esta su casa.  
—Gracias; tiene usted la suya Pez, cuatro, tercero.  
—Gracias.  
—Tantas cosas al esposo.  
—Gracias.  
—Niñas... ¡Abre, Juana!  
—¡Oh! ¡no se moleste usted!  
—No es molestia.  
—Adiós, muchacha.  
—Que no me olviden ustedes.  
Ya pasaré á visitarlas.

—Cuando usted guste, Marquesa. ¡Retírese usted! ¡No salga!  
—¡Adiós!  
—¡Adiós, niñas!  
—Muchas gracias.  
—¡(Esta familia me aburre!)  
—¡(Esta Marquesa me carga!)

II

VISITA DE CONFIANZA

—Buenos días. ¿Está Paco?  
—Sí señor; está en la cama.  
—¿En la cama todavía á las diez de la mañana?  
Voy á despertarle.  
—Es que...  
—¡Quita! Soy de confianza.  
—¡Hola, chico! ¡Buenos días!  
—¿Quién es?  
—¡Arribal  
—¿Que pasa?  
—Hombre, ¿no te da vergüenza dormir á estas horas? ¡Anda!  
—Pero ¿qué quieres? ¿Qué es ello?  
—¡Tomal! ¿Pues qué ha de ser? Nada, que vengo solo á pedirte tres duros que me hacen falta.  
—¿Tres duros?  
—¡Sesenta reales!  
—¿Sí? ¡Pues lo siento!  
—¡Qué guasa!  
—¡No es guasa! ¡Si es que yo estoy más tronado que las ratas!  
—¿De veras?  
—¡Y tan de veras!  
—¿No tienes algo que valga la pena de ir á empeñarlo?  
—¡Qué he de tener!  
—¿Y la capa?  
—La he empeñado hace tres meses.  
—¿Y el reloj?  
—Hace una semana.  
—¿Y el gabán de invierno?  
—¡Anoche!  
—¿Y el dinero?  
—¡Santas pascuas!  
—¿Qué libro es este?  
—Un tratado de filosofía.  
—¡Basta!  
Teniendo filosofía se tiene dinero  
—¡Aguardal  
—Lo venderé en seis pesetas.  
—Pero, hombre...  
—¡Si me hacen falta!  
Tengo un compromiso.  
—¡Escuchal  
—Entre amigos todo pasa.  
—¿Sí? Pues pásame por buenas estas tres pesetas falsas.  
—¿A ver... ¡si están amarillas!  
—De tristeza.  
—Si son malas.  
—¡Claro está! Si fueran buenas no estarían retiradas.  
—¡Vaya! Tengo prisa. ¡Abur!  
—¡Pero, hombre, por Dios! Te marcho con el libro?  
—¡Sí señor

Partiremos las ganancias.

—Siendo así...  
—Que duermas bien.  
—Adiós, chico; muchas gracias.

III

VISITA DE MÉDICO

—Muy buenos días, doctor.  
—¿Qué tal la noche?  
—Muy malal  
—¿A ver el pulso?... ¡Corriente!  
—¿A ver la hinchazón?... ¡Más franca!  
—¿A ver el vientre? ¡Durito!  
—¿A ver la lengua? ¡Cargada!  
—¡Bueno! siga usted lo mismo.  
—Pero, doctor...  
—¡Nada, nada!  
Las píldoras de hora en hora, la untura y las cataplasmas.  
—Si es que...  
—Tengo mucha prisa.  
—Pero...  
—Adiós; hasta mañana.

IV

VISITA DE PÉSAME

—¡Señora! Créame usted, que he sentido su desgracia como usted misma.  
—¡Lo creo!  
—¡Ay, señora! ¡Es una lástima!  
—¡Tan bueno! ¡Tan cariñoso!  
—¡Tan... en fin, tan!...  
—¡Muchas gracias!

—¿Quién había de decirnos, hace diez años en Játiva, que él había de morir así, tan pronto? ¡Caramba! Le digo á usted que esta vida no es más que una pura farsa! Hoy se encuentra uno tan bueno y ¡zas! difunto mañana.  
—¡Sí señor! ¡Dice usted bien!  
—Pues señora, ¡nada, nada! tenga usted fe, fortaleza, y resignación cristiana.  
—¡Es preciso consolarse!  
—¡Enjugué usted esas lágrimas!  
—Si no lloro; si es que tengo una blefaritis.

—¡Cáscaras! ¿Blefaritis? ¿Y eso qué es?  
—Así creo que lo llama un joven que es casi médico y que es el que me acompaña desde que el pobre Tiburcio descansa en paz.  
—Vaya, vaya!  
—¡Ay! ¡Si viera usted que chico tan guapo! ¡Y tiene una gracia!  
—¿Sí, eh?  
—¡Me distrae tanto!  
—¡Lo creo!  
—Ahí está! ¡Ya llamal!  
—Vaya, pues me voy, señora. Divertirse.  
—Muchas gracias.  
—Vuelva usted á consolarme  
—Ya volveré... (las espaldas).  
VITAL AZA.

NADA

—Escúchame Zacarías.  
—Ya te escucho, Nicolasa.  
—Puedo saber qué te pasa desde hace unos cuantos días, que no puedes aguantar ese humor endemoniado y cuando estás á mi lado no haces más que suspirar? Aquí debe haber misterio: eras la misma alegría hace poco, y cada día te vas haciendo más serio. ¿Te he dado yo algún motivo que has cambiado en un instante de cariñoso y amante en reservado y esquivo? Estoy ya más que aburrida de verte de esa manera: ayer juzgabas que era alegre y fácil la vida. Yo me juzgaba dichosa mirando tus alegrías, porque todo lo veías antes de color de rosa. ¿No ves que estoy disgustada de ver que tan triste vienes? ¿Quieres decirme qué tienes?  
—Mujer, que no tengo nada.  
—No me digas eso, mira que te conozco bastante para leer en tu semblante que dices una mentira. Tú tienes algo.  
—¿Que no!  
—¿Tú me quieres?  
—Con exceso.

—¿Estás malo?  
—Nada de eso.  
—¿Tienes celos?  
—¡Celos yo! Mujer, no seas pesada; ya te he dicho, y lo sostengo, que estoy bueno y que no tengo absolutamente nada.  
—En fin, mi consuelo es que pronto nos casaremos.  
—Lo que es eso... ya veremos.  
—¿Lo ves, ingrato, lo ves? Hace poco, muy formal, decías con tu alma toda que se haría nuestra boda el próximo carnaval; y cuando cerca tenemos ya nuestra felicidad, con esa tranquilidad vienes á decir «¡veremos!»  
Mira que estoy apurada con tu calma y tus desdenes. Dime, por Dios, lo que tienes.  
—Digo que no tengo nada; que soy fiel, que soy constante, que toda el alma te entrego, pero he perdido en el juego y me han dejado cesante. Que tengo un sino fatal y que gasté en pocos días mis pocas economías y me quedé sin un real. Y por eso, prenda amada, con estas tristezas vengo; porque tengo que... no tengo absolutamente nada.

JOSÉ ESTREMERÁ.

H. H. H.

Á PEGNA Y GOGNI

Amigo Antonio: El sabroso artículo que con el título P. B. H. X. publicó V. en nuestro MADRID Cómico de 28 del pasado, me ha infundido valor y me anima á hacer á V. una declaración que por carambola servirá para conocimiento del público si Sinesio da á luz estas líneas.

Yo, francamente hablando, soy corto de genio, tengo cierto respeto, que raya en temor, á los hombres que valen y aun á los que sin valer tienen títulos de sabios, y comprenderá usted el miedo que me da despegar los labios ó dejar correr la pluma

# ACTUALIDADES



—Yo aguanto todas las bromas, ¿sabes? pero eso de que me digan que si me da ó no me da dinero la Nicanora... francamente...



—Lo siento, Marquesa; pero no puedo ir al baile de Fernán-Núñez porque no tengo frac encarnado.

—¡Oh! por eso no se apure V. La cocinera tiene un novio corneta de la Guardia civil...



¡Vaya por su salusita de ustés!



¡Infelices! ¡Tan chiquitines, y ya haciendo el oso!



—¡No me conoce V., señorite!



La misma broma corre Pascual todos los años en Carnaval.



—¿En qué consistirá que me ha conocido casi todo el mundo?



—¡Quitusté de ahí! ¡Pus no tiene valor para pedirme una perra chica dimpués de haberme yevao el otro día tres céntimos de más en un cuarto é kiio de lentejas!...



No se ha podido averiguar cuál de los dos es más imbécil.

para tratar de los señores encargados de limpiar, fijar y dar lustre á nuestro idioma.

Así que, créame V., se me pudren muchas cosas dentro del cuerpo, y me llevaré á la sepultura muchas protestas sin formular; pero animado por el ejemplo de V., declaro que toda mi vida he conservado y conservo una profunda antipatía á la letra H; y lo que es esta declaración ya no hay quien me la quite de encima.

¿Querrá V. creer que parece como que se me ha quitado un peso con sólo haber escrito las anteriores líneas?

Dirá V.: «¡Tanto como antipatía!...» Pues, sí señor, antipatía, horror, aversión, repugnancia ..

Le advierto á V. que aunque me esté mal el decirlo, yo también, como el personaje aquel del sainete de Ricardo de la Vega, «tengo mi poquito de ortografía en la mano.» Es lo único que conservo de aquellos felices años en que recibía instrucción en el colegio de D. José María Flórez. Olvidé cuántos Dioses hay á fuerza de ver tanto dios por la tierra; no me acuerdo de quién figura en la cronología antes de Ataulfo (verdad es que no echo de menos la noticia); no me pida V. que extraiga la raíz de un número, porque eso me parece cosa de dentistas de la aritmética; pero ¿ortografía?... ¡Ah! En ese particular, me envanezco con saber más que casi todos los que han sido Ministros en España, lo cual quizás demuestre que yo no sirvo para Ministro, cosa que hace tiempo tengo muy averiguada.

Vamos, pues, al decir que la H. no me ha hecho agravio alguno, ni me ha puesto en ridículo, ni ha sido causa de que reciba reprensiones por abusar de ella ó por escatimar su uso.

¡Nada de eso! ¡Es que la H me revienta!

¡Cuestión de carácter! ¡Vaya V. á saber!

¿No le ha sucedido á V. alguna vez cobrar antipatía á un sujeto sin tener de él malas noticias, sin haber recibido del mismo ofensa alguna, en fin, *porque sí?* Pues eso me sucede á mí con la tal letra.

A mí me parece la H la imagen de la holganza: nunca hace nada, como no sea estorbar, y para hacer algo, siempre necesita auxilio: el de la C.

Los árabes, que tan aprovechados eran, la utilizaban para algo, les servía para indicar un suave sonido gutural; pero aun entonces tenía la H que pedir prestado medio sonido á la J para poderse las echar de consonante útil.

Hoy las cosas han variado. A los árabes los echamos á punta-piés (que así demostramos en España el agradecimiento), y con ellos se fué la H útil, quedándonos aquí con una H que no nos sirve para nada, como no sea para estorbar, según queda dicho.

Me hace, pues, la H el efecto de esos señoritos peinados, estirados, correctos de ropa, de calzado limpio, de bigote engomado y retorcido, á los cuales se encontrará V. en todas partes: en el teatro, en las tribunas del Congreso, paseando por la Carrera de San Jerónimo, á caballo en la Castellana...

Si fuera posible suprimir esos sujetos por una orden del Gobierno ó por una epidemia decretada en las alturas, ¿me quiere usted decir qué perderían las artes, el comercio, la industria, la política, las ciencias? ¡Nada, absolutamente nada!

También comparo la H con ciertos empleados públicos, que no saben leer, y en cuanto á escribir, si ponen su nombre para poder cobrar, es todo lo que saben. De estos sujetos nos hemos burlado todos los gacetilleros españoles (aunque ellos son los que se ríen de España entera), y hemos dicho que son unos haraganes, que no van á la oficina sino los días de paga... pues sepa V. que los tales sujetos son como la H. Lo mismo da que asistan al Ministerio como que se queden en casa ó se vayan á tomar el sol. Ellos no saben nada, no intervienen en nada, no deciden nada, y tan enterados están de si hay en el mundo expedientes y personas interesadas en su resolución, como enterado estoy yo de si hay ó no habitantes en el planeta Saturno.

Usted me dirá que esos sujetos de que hablo hacen bulto, y, por lo tanto, algo hacen.

¡Bueno! Si V. cree que hacer bulto es hacer algo, santo y bueno. En ese caso también la H hace bulto en nuestros escritos; pero en materias de bulto prefiero la misión del algodón en rama que puesto en las piernas de nuestras bailarinas nos hacen ver visiones; es decir, nos hacen creer lo que no existe, pero halaga la vista, recrea el ánimo, alienta la esperanza, inspira ideas artísticas, en fin, sirve para algo; pero el bulto que en la escritura hace la H, ¿me quiere V. decir ni para qué sirve, ni qué beneficios produce?

Pues supóngase V. que un día se levantaran con pujos reformistas los señores de la calle de Valverde y dieran un pregón mandando retirar la H, ¡cuántos ganarían con esa medida! ¡cuántos quebraderos de cabeza se ahorrarían muchos que tiemblan al coger la pluma para escribir á personas instruidas y que temen hacer una serie no interrumpida de planchas con el uso de las inútiles HH!

Yo ya sé por qué registro me saldrán los tradicionalistas de nuestra ortografía, los partidarios de que todo siga como esta, puesto que así nos lo hemos encontrado. Dirán que la H es necesaria en muchos casos para saber la etimología, ó sea el origen de las voces, porque escribiendo *halago*, *hermoso*, *hierro*, *hidalgo*, se sabe que los vocablos antecesores de esos fueron, *falago*, *fermoso*, *ferro* y *fidalgo*.

Pero por los clavos de Cristo, ¿conque ya no exigimos limpieza de sangre á las personas, y vamos á pedir pergaminos á las palabras? ¿Conque trata V. en sociedad á una persona, le abre V. los brazos y le entrega su amistad sin preguntarle si viene de los Guzmanes ó de los Girones, y vamos á exigir ahora á las palabras que lleven su escudo en el pecho como algunos sujetos, de quienes todos nos reímos, se cosen en la levita ó en la zamarra una cruz roja para diferenciarse de los demás?

Ello es, en resumen, querido Antonio, que la H me parece un parásito despreciable, tan inútil como los cuellos postizos, y las sortijas de piedras falsas, y el aceite de bellotas, y las flores de papel, y otras engañifas que andan por ahí.

¡Sí señor; la H es una engañifa. ¿Quiere V. que se lo demuestre? pues no concluya V. de leer este artículo. Haga V. que un amigo le lea esta noticia sin que V. vea cómo está escrita:

¡Cierre V. los ojos! ¡Allá va!

—«¡Ombrel! ¿Conque se hindica ha Hignacio Rojo Harias para huna hintendencia hen hunas hislas hapartadas? Me halegro; pero hallá se las ayal»

Ahora abra V. los ojos y dígame si se ha enterado de la noticia á pesar de la ensalada de H H H que hay en ella.

Y para concluir: considere V. qué beneficios ha reportado á la sociedad el Padre Fita, pasándose los años en embutir la h en la palabra *harmonía*.

¡Cosa más inútil!

MANUEL MATÓSES.

## EL ARCA DE NOÉ

Mi amiga Luisa Morales siente tan loca pasión por todos los animales, que en su misma habitación tiene un jilguero divino, una tórtola inocente, un loro y un palomino hasta la pared de enfrente; un buho, un grillo, un gorrión, un galápago muy listo, un mono que es un bribón de lo poco que se ha visto; una cotorra, una perra de aguas termales, muy fina, y dos gatos siempre en guerra por la causa más mezquina. Pero esto no es lo curioso, sino que la tal señora (que es de lo más caprichoso que he conocido hasta ahora), en sus bichos ha cifrado un afán tan decidido, que á ninguno le ha dejado sin un nombre distinguido, y llama á un gato *Massini*, al otro gato el *Ostión*, á la cotorra la *Trini*, y *Calomarde* al gorrión; al palomino *Sorolla*, al papagallo *Gambetta*, al mono verde *Rampolla*, al galápago *Pucheta*, *Goya* al buho, *Gheste* al grillo, á la tórtola *Pradilla*, *Cañamaque* al jilguerillo, y á la perra de aguas *Cilla*. Pues bien; anoche fuí yo á visitar á Luisita, y lo siguiente pasó mientras duró la visita. La cosa no es asombrosa, pero os lo voy á contar aunque no tiene la cosa nada de particular. *Massini* estaba roncando, *Cheste* en su jaula comiendo,

y los demás escuchando lo que estábamos diciendo. Mas de pronto salta *Cilla* y da un mordisco á *Rampolla* que estaba sobre una silla comiéndose una cebolla. Se asustan *Goya* y la *Trini* y empiezan á picotazos, con el bueno de *Massini* que los llena de arañazos. Brinca y salta *Cañamaque*, *Pradilla* á enfadarse llega y al *Ostión* no hay quien le aplaque por más que su ama le pega. *Calomarde* se alborota, derrama los cañamones, *Gambetta* en su jaula bota ensartando maldiciones, y el mono, de *Cilla* en pos, se sube en una banquetta y caen rodando los dos espachurrando á *Pucheta*. Por fin el ama se hastía; interviene en aquel lío, y se arma una algarabía de padre y muy señor mío, quedando en tal colisión, cuya causa no me explico, *Rampolla* manco, el *Ostión* con un tajo en el hocico; *Gambetta* con un ataque nervioso, *Massini* lelo, ronco *Cheste*, *Cañamaque* con las plumas por el suelo, *Pucheta* hecho una tortilla, la *Trini* muy mal parada *Calomarde* tuerto, y *Cilla* con la cola estropeada. Concluida la tormenta me dijo Luisa Morales que sólo vive contenta tratando con animales. Por lo cual me levanté y de ella me despedí diciendo: «No espere usted que vuelva yo por aquí.»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## FABULA

Se oponían los padres de un jilguero á que hiciera el amor á una pardala que tenía su nido en un alero, y á quien tildaban de coqueta y mala porque había tenido relaciones con cincuenta pardillos y gorriones...

—¿Dónde vas á meterte, criatura?— le decía la madre cariñosa.—

—¿Tanto te ciega la pasión impura?

—No ves que es una pájara asquerosa?

—Pero ¿por qué, mamá?

—Porque se sabe

que ha cambiado de amantes cada día y ya no queda un ave que al saber que la quieres no se ría.

—¡Aves calumniadoras!

¡Pájaros embusteros y cobardes!

¿No veo su candor á todas horas?

¿No me prueba su amor todas las tardes?

—¡Eso es porque es muy lista

y oculta sus defectos á tu vista!

—¡Madre!—piaba al fin el pobre chico,—

no me diga usted más, porque la picol!

Y con estas cuestiones,

los consejos del padre, los agüeros

de los otros jilgueros

y las pullas sin fin de los gorriones,

servió la oposición como acicate,

fué la pasión creciendo, buena ó mala,

y una noche hizo el pobre el disparate

de escaparse de allí... con la pardala.

—

Volaron á otro bosque. Quince días

gozaron del amor, hora tras hora.

¡Qué dulces melodías,

y qué luna de miel tan seductora!

Al cabo, el jilguerito,

¡oh condición voluble pajarera!

llegó á encontrarse ahíto

de su amante engorrosa compañera.

Y entonces se acordó de los consejos

de los pájaros viejos,

y aunque ni en sueños le faltó su amada,

tomó soleta y la dejó plantada.

—

—¡Holal! ¿Te has convencido?—

exclamaba su madre al otro día

viéndole aparecer cerca del nido;—

¿salió la cuenta como yo decía?

—Exacta, sí señora;

la pardala es perjura y es traidora...

—¿Te ha dejado por otro pajarito?

—Al contrario, teniendo mis amores

no la importaba, al parecer, un pito

la más liada pechuga de colores.

—¿Y siendo así, la dejas? ¡cosa rara!

—Es que... pudiera ser que me engañara

porque yo en amoríos no estoy ducho

y ella, como usted sabe, ¡finje mucho!

SINESIO DELGADO.

## MEDITEMOS

Carta, de lamentos llena, que envía un ánima en pena santa y resignadamente, á otra que se halla actualmente en Archena.

Amigo Job: Recibí tu misiva alegremente, donde dices que te cuente lo que pasa por aquí.

Permita el cielo, en virtud de lo mucho que te quiero, que vivas un siglo entero, pero con mejor salud.

Profundamente me apena ver que vas todos los años cargado de desengaños á tomar aguas á Archena.

Pero ten resignación porque tu mal no es extraño: ¡Quién no lleva un desengaño clavado en el corazón!...

No hay mal que bien no reporte; voy, pues, en festivo modo,

á decirte casi todo lo que sucede en la Corte.

Prosiguen los empleados rogando por el Gobierno, y siguen oliendo á cuerno gran número de casados;

de la langosta hay residuos: no hay quien su exterminio inicie; y padecen de calvicie muchísimos individuos;

siguen haciendo conquistas los tenorios y truhanes, y seducen los *barbianes* á *doncellas* y modistas;

hay de diferentes ramos *guajás* que viven del *pego*, y existen casas de juego: (pero no me consta, ¿estamos?)

Hay un número alarmante de reyertas pistonudas, y una infinidad de viudas en estado... mendicante;

hay banquetes y festines; hay reos ó desposados;

gomosos afeminados que gastan camisolines; cándidas supersticiones; románticos amoríos y estúpidos desafíos por si son pares ó nones; cacos de la estafa en pos; matrimonios tan benditos, que viven... divorciaditos en paz y en gracia de Dios!

*Primaveras* y hotentotes;

almas místicas y ateas;

poquísimas Dulcineas

y muchísimos Quijotes;

mucha farsa, mucho bruto

que explota á la esclavitud,

y alguna que otra virtud

en estado de canuto;

agencias matrimoniales

donde explotan á Cupido

con un precioso surtido

de chicas angelicales;

sultanas que alegremente dan su amor á Belcebú,

las cuales llaman de tú

á todo bicho viviente;

vates que sin tón ni són

hilvanan á todas horas

horripilantes doloras

que parten el corazón;

critiquillos inciviles

que son *eso* en mi entender,

los cuales debieran ser

labradores ó albañiles;

de pobres hay un enjambre;

y, en fin, para complemento,

aquí se premia el talento

con la corona... ¡del hambre!

Doy, pues, fin á esta tarea

deplorando cuanto aigo;

te abraza tu buen amigo

Fructuoso Zalamea.

Por la copia,

EUSTAQUIO CABEZÓN.



¿Se acuerdan VV. de un epigrama que apareció en el número anterior, en esta sección misma, firmado por D. J. L. de Urraza?

Bueno; pues eso de la firma es una equivocación mía. El tal epigrama es de D. Emilio de Motta; pero como ambos son colaboradores y me enviaron una porción de sueltitos de esos, originales de ambos y bajo un mismo sobre, yo me hice un lío y troqué las firmas.

De rodillas, y con los brazos en cruz, ruego á todo el mundo que me dispense.



Un anuncio de *La Correspondencia*.

«Señora sola necesita matrimonio ó familia.»

Pase lo del deseo de matrimonio;

pero querer familia

¡vaya un demonio!



Jackson nos escribe desde Arganda una cartita fulminante, plagada de imprecaciones fuertes porque en su composición *Anuncio*, publicada en el número anterior, se deslizaron dos erratas de mayor cuantía.

Hélas aquí:

Donde dice:

«Yo *renuevo* en dos instantes.»

Debe decir:

«Yo *renuevo*, etc.»

Y donde dice:

«La *esperanza* nos lo abona.»

Debe decir:

«La *experiencia*, etc.»

Ya está V. complacido, Sr. D. José.

Y para otra vez hable V. mejor, descaradote.



Se agüó el centenario de D. Alvaro de Bazán, porque el Ministro de la Guerra no quiso que los soldados hicieran de camparas.

Toda la prensa, con tan fausto motivo, ha puesto al General Cassola de oro y azul.

Y sin embargo, el General Cassola ha hecho muy bien y tiene razón.

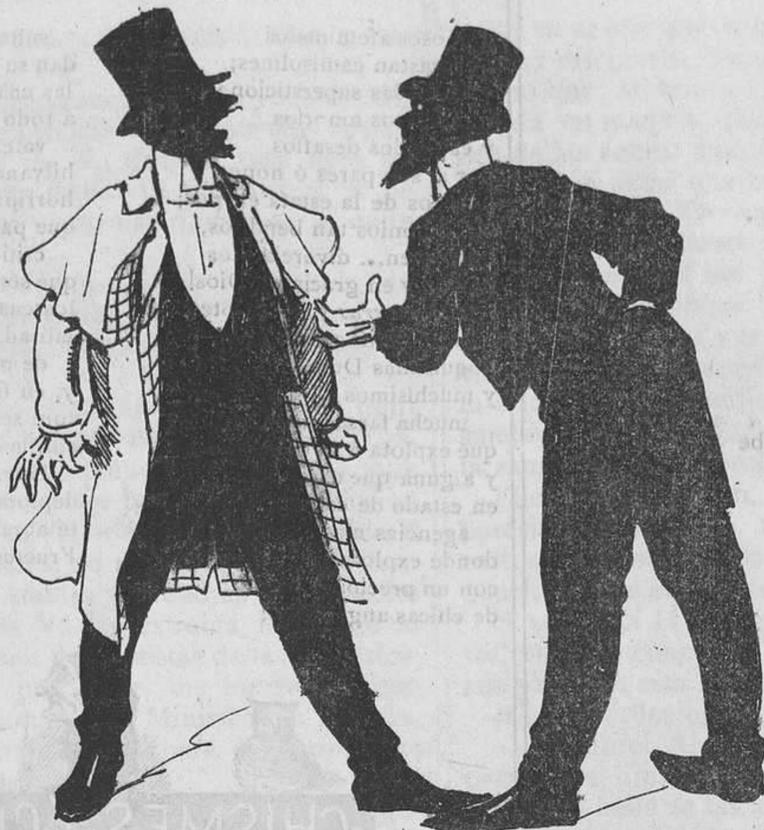
¿A qué vienen esas pamplinas? A que, bajo pretexto de honrar la memoria de los grandes hombres, se den lustre unos cuantos caballeros desconocidos, que figuran en todas las comisiones y que no piensan más que en hacer ruido, para que se sepa que viven en el mundo.

Ahora... ¡anden ustedes! ¡a buscar otro personaje á quien hacer carrozas!



*Refugio de pecadores* se titula el tomo 46 de la acreditadísima *Biblioteca Demi-monde*. Le forma una novela picaresca, firmada por Arturo Gim.

MADRID CÓMICO  
CHOQUE DE PASIONES



—Si vuelve usted á seguir á esa señora  
le pego un estacazo y le divido.

—¿Es usted, por ventura, su marido?  
—Sí señor, á lo menos por ahora.

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

**COMPAÑÍA COLONIAL**  
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA  
CHOCOLATES  
ACREDITADOS CAFES  
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
Y PARA SU DIRECTOR  
**LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR**  
en la Exposición Universal de París de 1878  
**TES.—TAPIOCA.—SAGU**  
BOMBONES FINOS DE PARÍS  
Depósito general. . . . . Calle Mayor, 18 y 20  
Sucursal. . . . . Montera, 8  
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

**ESPAÑA CÓMICA**  
(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar . . . . . 20 pesetas  
Encuadernado en tela . . . . . 25  
Cartulinas sueltas (cada una) . . . . . 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.